

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.^a ÉPOCA

Año 1968 - Números 147-52

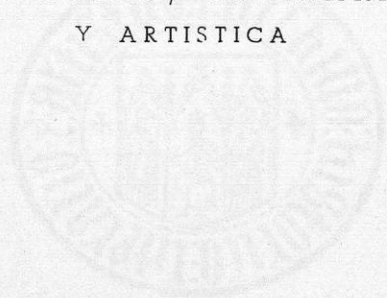


SEVILLA

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



DEPÓSITO LEGAL, SE - 25 - 1958



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTOR: JOSE J. REAL

Impreso en España, en los Talleres de E.C.E.S.A. - Conde de Barajas, 21 - Sevilla, 1970

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1968



Tomos
XLVIII - XLIX
Núms. 147 a 152

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTORICA, LITERARIA Y ARTISTICA

2.^a EPOCA

1968

ENERO A DICIEMBRE

Núms. 147 a 152

CONSEJO DE REDACCION

EXCMO. SR. D. CARLOS SERRA Y DE PABLO-ROMERO, Presidente de la Diputación Provincial.—DR. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—DR. D. JESÚS ARELLANO CATALÁN.—DR. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—DR. D. ANTONIO MUÑOZ OREJÓN.—D. LUIS TORO BUIZA.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director Honorario: D. MANUEL JUSTINIANO MARTÍNEZ.

Director: Dñ. D. JOSÉ J. REAL DÍAZ.

Secretario de Redacción: DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.

Administrador: DOÑA ARACELI SHAW GARCÍA.

SUMARIO

ARTICULOS

Págs.

- Enriqueta Quesada Montero.—*La actuación de la Suprema Junta de Sevilla a través del Diario de su Presidente* 7
- Juan Collantes de Terán.—*«Las ciudades muertas». Hacia una topografía urbana en la poesía de Antonio Machado* 109
- Jesús Viñas Cebrián.—*Revolución de Septiembre de 1868. Aspecto militar en Andalucía y la batalla del Puente de Alcolea* 121
- Teodoro Falcón Márquez.—*La iglesia de San Nicolás de Bari, de Sevilla* 161
- Fernando Franco Domínguez.—*Hacia un concepto de generación.* 199

MISCELANEAS

- Antonio Domínguez Ortiz.—*La incorporación a la Corona de Sanlúcar de Barrameda* 215
- Sor Cristina de la Cruz Arteaga.—*Huertos cerrados de la Sevilla histórica y su sentido en el mundo de hoy* 233
- Juan A. Fernández.—*Tierras de Doñana* 255
- Pedro M. Piñero Ramírez.—*Crónica del traslado a Osuna de los restos mortales del Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín* 271

DOCUMENTOS

José Joaquín Real Díaz.— <i>El Consulado de cargadores a Indias: Su documento fundacional</i>	279
Francisco Aguilar Piñal.— <i>Algunos incunables sevillanos del Museo Británico</i>	293
Jean Coste.— <i>Rentas desconocidas de Francisco de Rioja</i>	299

LIBROS

Francisco López Estrada.— <i>Una biografía compartida. Fernán Caballero y el torbellino romántico</i>	319
Francisco Aguilar Piñal: <i>La Sevilla de Olavide</i> .—A. Herrera	334
A. Domínguez Ortiz: <i>Crisis y decadencia de la España de los Austrias</i> .—Carlos Martínez Shaw	336
E. Ionesco: <i>Diario</i> .—Esteban Torre	329
A. L. Kroeber: <i>El estilo y la evolución de la cultura</i> .—Esteban Torre	330
Antonio Mestre Sanchis: <i>Ilustración y Reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de D. Gregorio Mayáns y Sisear</i> .—F. A.	339
J. Mora Ferrater: <i>La filosofía actual</i> .—Antonio del Toro	333
Daniel Pineda Novo: <i>Al vuelo de las horas</i> .—Esteban Torre	327
L. Pirandello: <i>Ensayos</i> .—Esteban Torre	329
Fermín Requena: <i>Provincianas</i> .—Esteban Torre	332
Juan Sierra: <i>María Santísima</i> .—Esteban Torre	325
G. Torrente Ballester: <i>Teatro español contemporáneo</i> .—A. del Toro	328
E. Trias: <i>La filosofía y su sombra</i> .—A. del Toro	331

HACIA UN CONCEPTO DE GENERACION

Cuando comencé mis estudios sobre el teatro de Valle-Inclán, se me presentó un problema que podríamos llamar de «encuadre literario»: ¿era don Ramón un genio de la escena, que pretendía innovar con su solo esfuerzo todo nuestro concepto del teatro o, por el contrario, sus esperpentos respondían al afán que animaba a un grupo de hombres en un intento común de transformar los valores más o menos consagrados de aquella época? Dicho de otra forma: ¿existía una generación literaria que, consciente o inconscientemente, clamaba por una destrucción de lo caduco? Para contestar a estas preguntas (no conforme con los esquemas demasiado escuetos de los manuales ni con las opiniones excesivamente apasionadas de algunos estudiosos) tuve que fijar un primer concepto básico: el de generación literaria.

En sucesivos estudios veremos, a pesar de que el tema ha gestado ya una copiosísima bibliografía, si en España existió una Generación del Noventa y Ocho y si Valle-Inclán puede encuadrarse en ella como uno de sus más destacados representantes.

Aquí, en estas notas, acaso demasiado escuetas —pues prefiero pecar de esquemático a ser acusado de farragoso—, voy a ocuparme tan sólo del término «generación» sin aplicarlo a ningún período determinado. Intento hacer una historia sucinta de ese concepto exponiendo las teorías que, a mi juicio, son más significativas, si bien no las comparto íntegramente.

Así, pues, podemos comenzar este trabajo preguntándonos: ¿Qué es una generación? ¿Qué identidades cronológicas e ideológicas deben existir entre sus componentes? ¿Qué significado tiene el término *generación* como método historiográfico?

El concepto de generación como «sucesión en línea recta de una serie de individuos de una misma procedencia» —o sea, como concepto genealógico— se encuentra ya en la Biblia, pues según apunta Guillermo de Torre, «el Génesis... es, en buena parte, el libro de las

generaciones: establece la filiación de los primeros descendientes de Adán, señalando la genealogía de reyes y patriarcas» (1). La idea de generación, en este caso, es sumamente amplia e imprecisa. Hasta tal punto, que sólo podemos concederle un valor anecdótico, desprovisto por completo de intención crítica.

Los griegos fueron más concretos en cuanto a tiempo se refiere: Heródoto adelanta una *medida de tiempo* al fijar en treinta y tres años la duración generacional (2), anticipando de esta forma una unidad cronológica que aún tiene vigencia en los cómputos actuales y que coincide plenamente con el lapso de una treintena que propone Cournot (3) en su llamada «ley de las edades». Y si pasamos revista a la historia de nuestra literatura, encontramos el término «generación» por vez primera en el título de una obra de Fernán Pérez de Guzmán (4).

Pero, en esta revisión del término, vemos que lo generacional es algo simplemente cronológico; un concepto de tiempo impreciso, marcado por una sucesión de años cuyos hitos serían factores dinásticos, familiares o políticos.

Hace aproximadamente un siglo, comenzó a esbozarse una idea de «grupo» en los estudios de crítica literaria y artística. Bien es verdad que sin rigor científico y sin dar la cohesión precisa al término como para que podamos afirmar que se inicia entonces un concepto de generación como método. No obstante, Schlegel (5), Sainte-

(1) DE TORRE, GUILLERMO: *Generaciones y movimientos literarios*. «Cuadernos Hispanoamericanos», núm. 194, págs. 183 y ss.

(2) «Trescientas generaciones en línea directa representan diez mil años, porque cada tres generaciones hacen cien años». HERÓDOTO: *Historia*; Barcelona, 1951.

(3) COURNOT, ANTONIO. Matemático y filósofo francés (1801-1877). Realizó importantes estudios sobre la metodología y el cálculo de probabilidades. En su obra *Exposition de la théorie des chances et des probabilités* estudia (parte III) los problemas de la población y de la duración de la vida humana, basándose en las probabilidades de error en los resultados numéricos relativos a mediciones de lo físico, lo químico y lo astronómico (parte II). Posteriormente desarrolla y profundiza en tales ideas en su *Traité de l'enchaînement des idées fondamentales dans les sciences et dans l'histoire*.

(4) PEREZ DE GUZMAN, FERNÁN: *Generaciones y semblanzas*. En esta obra (colección de retratos de personajes de su tiempo, en la que muestra una clara influencia de Plutarco), Pérez de Guzmán concibe la *generación* como una contemporaneidad de individuos influidos, positiva o negativamente, por unos hechos históricos. Lo que interesa, desde el punto de vista de nuestro trabajo, es hacer constar que este historiador del siglo XV no presta atención exclusivamente a lo biográfico, sino al «espíritu de época» que define y aclara las contradicciones, demasiado abundantes, de los personajes biografiados.

(5) FEDERICO SCHLEGEL, en su *Historia de la poesía de los griegos y romanos* (1798), presupone la existencia de «grupos» dentro de las distintas épocas históricas al contraponer lo antiguo y lo moderno como armonía y heteronomía, y entre objetividad y subjetividad en una dicotomía espiritual que no favoreció para nada la ciencia de la estética.

Beuve (6) y Taine (7) dejan entrever, a lo largo de sus obras, lo que podríamos llamar «precedentes inmediatos» de una idea de generación. Esta aparece ya de una forma metódica y seria a fines del siglo XIX, en las obras de Ranke (8) y Dilthey.

Ahora bien; de toda esta larga nómina de precursores, podemos afirmar que fue Wilhelm Dilthey el primero que intentó elaborar con auténtico rigor científico una idea de lo que se ha llamado «método de las generaciones». En su ensayo sobre Novalis, ampliado más tarde en otras obras (9), expone sus teorías acerca del concepto de generación, que podemos resumir en los siguientes apartados:

1. «La generación es un compromiso entre lo arbitrario de la naturaleza creadora y las condiciones históricas que presiden la transformación espiritual de los hombres.»
2. «La obra... de un hombre está parcialmente determinada, en su contenido y en su estilo, por la generación a que pertenece ese hombre.»
3. «La generación es... un estrecho círculo de individuos que, mediante su dependencia de los mismos grandes hechos y cambios que se les presentaron en una época de receptividad, forman un todo homogéneo, a pesar de la diversidad de otros factores.»

(6) SAINTE-BEUVE, CHARLES AGUSTIN. Desde sus primeros artículos (publicados en *Le Globe*, vehículo crítico del romanticismo combativo) muestra una confianza absoluta en el método científico y una constante curiosidad por el posible influjo de lo físico e histórico sobre lo espiritual, como muestra en su *Cuadro histórico crítico de la poesía francesa en el siglo XVI*, obra que presupone una clara tendencia a la conciliación histórico-literaria. Si bien no habla de «generaciones», admite la existencia de «grupos» definidos y, hasta cierto punto, autónomos con respecto a sus contemporáneos (*Chateaubriand y su grupo literario bajo el Imperio*, publicada en 1861. Traducción española, Barcelona, sin año). Sainte-Beuve tiende a una crítica que aplica criterios políticos y morales al juicio de obras literarias; por ello le interesan los hombres no como seres aislados, sino —y en esto prelude ya el concepto de generación— en cuanto responden a su tiempo y se hallan vinculados al gran movimiento de la cultura.

(7) TAINÉ, HIPPOLYTE ADOLPHE. Su positivismo le llevó a una teoría centralista de vida, que al unir en un solo vínculo al individuo y al ambiente, lo espiritual, lo psicológico y lo fisiológico se inclinaba, sobre la base de un riguroso determinismo casualista, a una explicación rigidamente científica de la existencia humana: el ser es simplemente un eslabón en un «grupo» determinado.

(8) Quien, en su obra *Epocas de la Historia Moderna*, afirma que «los hechos de la historia... no se sustrajeron nunca a las eternas leyes de la ordenación moral del mundo».

(9) DILTHEY, GUILLERMO: *Vida y Poesía*. Trad. española; México, 1953, págs. 287 y ss., y *Psicología y teoría del conocimiento*, trad. esp.; México 1945, págs. 438 y ss.

Según queda reseñado en los apartados anteriores, el intento de Dilthey se basa en consideraciones de tipo eminentemente erudito, pues su teoría se sustenta sobre dos notas fundamentales: simultaneidad e identidad de influencias recibidas por los componentes de una generación. Por otra parte, da un valor muy relativo al concepto de generación, por cuanto considera a ésta como «compromiso» y no como clave única, reconociendo un predominio de lo individual sobre lo generacional.

Ya en nuestro siglo XX, fue Ortega y Gasset (10) el primero que se planteó con sentido afirmativo y sistemático la existencia de las generaciones. Si comparamos sus afirmaciones con la cautela y reserva de Dilthey, podemos centrar la idea orteguiana en los siguientes puntos:

1. Amplía la idea de generación al aplicarla no a un determinado elemento social o literario, sino a toda la sociedad humana. («Una generación no es un puñado de hombres egregios, ni simplemente una masa: es como un nuevo cuerpo social íntegro, con su minoría selecta y su muchedumbre, que ha sido lanzado sobre el ámbito de la existencia con una trayectoria vital determinada»).
2. Confiere un valor absoluto al método generacional. («No se puede averiguar lo que pasó en tal o cual fecha sin saber a qué generación le pasó». «La generación, compromiso dinámico entre masa e individuo, es el concepto más importante de la historia y, por decirlo así, el gozne sobre el que ésta ejecuta sus movimientos»).
3. Por parte de los integrantes de una generación hay como una predisposición innata a ella. («Los miembros de una generación vienen al mundo dotados de ciertos caracteres típicos que les prestan una fisonomía común, diferenciándolos de la generación anterior»).
4. Una generación no es única, sino susceptible de clasificar en dos grupos, según predomine lo que la generación aporta a

(10) ORTEGA Y GASSET, José: *Obras completas*. Vol. III, págs. 147 y ss., Madrid, 1946.

la posteridad, o las experiencias recibidas por sus componentes (11).

5. Una de las aportaciones capitales al concepto de generación es la distinción que establece entre *contemporáneos* y *coetáneos* (12). Según él, la generación estará integrada por *coetáneos*, con exclusión de *contemporáneos*. La base de esta distinción radica en el concepto que Ortega nos da del tiempo, aplicado a generación: un tiempo que llamaríamos «físico» o «cronológico» (valga la redundancia de este último término), que sería aplicable a todos aquellos seres que, por identidad de fechas en que viven, son *contemporáneos*; otro tiempo que designaremos como «edad espiritual» o «cronología ideológica», en la que se mueven los *coetáneos*. Así, pues, la «edad espiritual» se convierte en una parcela del «tiempo físico» (13).

6. Ahora bien; para establecer esa «edad espiritual» que aglutina a los *coetáneos*, Ortega elige lo que él llama *zona de fechas*, de tal forma que la edad de una generación no está marcada por el año de nacimiento de sus componentes, sino por el momento en que el individuo más destacado de ella cumple los treinta años.

A lo largo de la exposición de estos conceptos de Ortega, vemos que presta gran importancia a lo que podríamos llamar «fatalismo», y que puede condensarse en la siguiente frase orteguiana: «Como se es parecido a los progenitores, se es análogo a los coetáneos». Aun en el caso de que esto fuese cierto, creemos que Ortega deja de solucionar cuestiones tan importantes como las siguientes: ¿Qué rasgos se modifican cuando una generación sucede a otra? ¿Cuáles perma-

(11) Llama «polémicas» a las primeras y «acumulativas» a las segundas. Siguiendo este criterio, la Generación del 98 sería «polémica» en cuanto son más importantes los caminos que abre en la literatura que las influencias recibidas por sus componentes. Por el contrario, la Generación del 27 podría considerarse, en principio, «acumulativa». (En próximos estudios veremos cómo la clasificación orteguiana no es exacta, pues trata más lo terminológico que lo puramente ideológico).

(12) «Todos somos contemporáneos, vivimos en el mismo tiempo y atmósfera —en el mismo mundo—, pero contribuimos a formarlo de manera diferente. Sólo se coincide con los coetáneos; los contemporáneos no son coetáneos». ORTEGA: *El tema de nuestro tiempo* y *En torno a Galileo*, en sus «Obras completas»; Madrid, 1946.

(13) Hacemos notar que este concepto temporal de Ortega es seguido por Luis Sánchez Granjel en su reciente estudio *La generación literaria del 98*; Madrid, 1966. Según Granjel, en el capítulo que dedica en dicha obra a la bibliografía del tema (págs. 239-259), Blasco Ibáñez, Felipe Trigo y Eduardo Zamacois son «coetáneos» entre sí y «contemporáneos» con respecto a los modernistas y noventayochistas.

necen inalterables? ¿Qué causas, externas o internas, implican la aparición de distintas generaciones? ¿Pueden convivir dos generaciones, al igual que los *contemporáneos* conviven con los *coetáneos*? Creo que Ortega (que tanto ha sabido aportar al campo filosófico y cultural no sólo de España, sino de Europa) nos deja un poco decepcionados en sus estudios sobre las generaciones.

Lain Entralgo (14), figura capital entre nuestros pensadores, ha tratado también este tema, que Fernández de la Mora no duda en calificar de «esponjoso y amorfo concepto» (15). Lain, tras exhumar no pocas curiosidades bibliográficas y consagrar a sus autores una atención, a mi juicio, desmesurada, concluye de forma poco alentadora, diciendo: «Las diversas meditaciones sobre el tema difieren entre sí tan deconsoladoramente que si uno viese la verdad en la concordancia se quedaría al fin con este paupérrimo resultado en las manos. Una generación es un conjunto de hombres más o menos coetáneos, cuya vida histórica se parece entre sí» (16). Y cuando da su propia visión, nos quedamos tan desilusionados como en el caso de Dilthey y Ortega: Describir el suceso histórico de una generación es... hacer la biografía de sus parecidos» (17). Por tanto, para él generación no es más que *coetaneidad y semejanza entre ciertas individualidades*. Método inexacto, pues, como señala Fernández de la Mora, «consiste en una identificación de parecidos insignes, en un paralelismo de notas biográficas contemporáneas, en una fisonomía selectiva y comparada de coetáneos» (18).

Por nuestra parte, queremos hacer notar un fallo común a los pensadores hasta ahora citados (Dilthey, Ortega y Lain): no establecen con el mínimo preciso de claridad algunos factores generacionales tan importantes como serían:

1. Límites cronológicos concretos que pueden aplicarse a una generación.
2. Posibilidad de coexistencia entre distintas generaciones, y número máximo de las mismas que pueden convivir sin interferirse.
3. Factor geográfico o «ámbito» en que pueden desarrollarse

(14) LAIN ENTRALGO, PEDRO: *Las generaciones en la Historia*, Madrid, 1945.

(15) FERNANDEZ DE LA MORA, GONZALO: *Ortega y el 98*, 2.ª edición; Madrid, 1962.

(16) LAIN ENTRALGO: Op. cit., pág. 265.

(17) LAIN ENTRALGO: Op. cit., pág. 316.

(18) FERNANDEZ DE LA MORA: Op. cit., pág. 42 y ss.

4. ¿Presupone la generación un quiebro de la continuidad histórica o, por el contrario, no es más que un fragmento aislado dentro de una tradición que sigue englobando al grupo multitudinario que representa a la vida nacional? (19).

La aportación metodológica más estimable está en la ya tradicional monografía de Julius Petersen (20), que consideramos de capital importancia no sólo por las aportaciones personales del autor —y con las que coincidimos en bastantes aspectos—, sino por la claridad y concisión con que hace un resumen expositivo y crítico de doctrinas anteriores. A su juicio, «una generación no puede pasar ni por una medida regular de tiempo... ni tampoco por una igualdad fijada por el nacimiento, sino como una... comunidad de destino que implica una homogeneidad de experiencias y propósitos» (21).

Más adelante expone (22) los ocho factores que, según su teoría, determinan la existencia de una generación:

1. *La herencia*.—(Factor, a nuestro juicio, un tanto dudoso). Definida por él como «el acervo cultural común a todos sus componentes».
2. *Proximidad en la fecha de nacimiento*.—Indudablemente, se trata de un factor cronológico, pero Petersen no acepta la cronología como clave única, pues reconoce que una «generación no puede significar el conjunto de todos los de la misma edad, dado que cada grupo de la misma edad comprende tantos seguidores de la dirección anterior como vanguardistas de la generación posterior».
3. *Elementos educativos*.—O sea, existencia de una formación cultural semejante. Ahora bien; esta «formación» se entiende en su sentido más lato: conjunto de fuerzas espirituales que concurren a la especial modelación mental e ideológica de individuos coetáneos (22).

(19) Conviene recordar que A. MILLAN PUELLES, en su *Ontología de la existencia histórica*, Madrid, 1951, invalida la interpretación discontinua de la historia; y es precisamente en esa discontinuidad en la que se apoya el método de las generaciones.

(20) PETERSEN, JULIUS: *Las generaciones literarias*, incluido en el volumen colectivo «Filosofía de la ciencia literaria»; México, 1946.

(21) PETERSEN: Op. cit., págs. 188 y ss.

(22) PETERSEN: Op. cit., págs. 164 a 188.

4. *Convivencia*.—Existencia de una especie de comunidad personal, de relaciones entre los componentes. Estas relaciones pueden ser concretadas en propósitos y obras, en lo que podríamos llamar «grupos físicos» (tertulias, reuniones) y «grupos colaboracionales» (publicaciones en periódicos y revistas de idéntica o parecida ideología, aun sin que tales colaboradores mantengan relaciones continuas entre sí).
5. *Experiencia generacional*.—Posiblemente, es éste el factor más importante y decisivo para que exista una generación, el que le otorga «carta de naturaleza». Se trata de la existencia de un hecho histórico de tal magnitud e importancia que cayendo sobre un grupo humano, opera como un aglutinante y crea un estado de conciencia colectivo, determinando la generación que de él sale. Este hecho puede ser, para Petersen, cultural (como sucedió en el Renacimiento) o lo que él llama «catastrófico» (una revolución, una guerra, etc.).
6. La existencia de un *Fürertum*, de un jefe o caudillo. Ahora bien; este *líder* generacional no debe interpretarse —en contra de lo que afirma Salinas (24)— como un maestro más o menos directamente admitido por los componentes del grupo; no se trata de un «ser físico», sino de algo ideal, casi de una abstracción. Como señala Guillermo de Torre, «el guía significa no tanto la presencia de un jefe o un maestro, como el determinado ideal de hombre que cada generación tiene delante, y que en el Renacimiento fue el *uomo universale*, en el barroco, el cortesano; el *hidalgo*, en el siglo XVII español; en el siglo XVIII francés, el *honnête homme*; en la Ilustración, el *bel esprit*; el *dandy* en el siglo XX (25).
7. *Lenguaje generacional*.—Factor puramente literario, en el que cabe interpretar el término lenguaje en su más amplia acepción: una nueva forma de expresarse (26).

(23) Es tan amplio el concepto que Petersen da a este factor cultural o educacional, que puede tomarse en un doble sentido: bien que exista una sólida preparación intelectual de tipo universitario y una casi identidad profesional (Novecentismo y Generación del 27), o bien que el autodidactismo impere sobre una cultura heterogénea como señala Pedro Salinas para la Generación del 98, en su obra *Literatura Española, Siglo XX*; México, 1949; págs. 28 y ss.

(24) SALINAS: Op. cit., pág. 31.

(25) DE TORRE: Art. cit., pág. 200.

(26) Muy acertadamente dice Petersen que «todo nuevo planteamiento de problemas en el arte y en las ciencias significa un cambio de terminología».

8. *Anquilosamiento de los predecesores.*—Se trata de una especie de parálisis —bien por falta de ímpetu o de originalidad— de las generaciones anteriores. Pero esto, que podría ser considerado como una especie de pasivismo por parte de los que preceden a los componentes de una generación que surge con el ímpetu característico de «lo nuevo», trae consigo otro elemento que, a nuestro juicio, es importantísimo: la incompreensión. Hay una negativa, o al menos una mutua reserva. a aceptarse: los nuevos —generación incipiente— suelen ser, hasta cierto punto, agresivos hacia aquellos que, en el nuevo sentir, simbolizan lo caduco; los viejos, si bien no atacan abiertamente (acaso por falta de vitalidad y energía) las nuevas formas, las desdeñan. Así, y es éste un dato que creo escapó a Petersen, la idea de *anquilosamiento* podría sustituirse con mayor exactitud por la de una *incomunicabilidad deseada* (27).

Este es, en líneas generales, el esquema que el pensador alemán propone para que un grupo determinado de hombres constituya una generación.

Entre sus más destacados seguidores debemos citar a Jeschke (28), Pedro Salinas (29) y Díaz Plaja (30), que restringen lo generacional al ámbito puramente literario.

En Arte fue Wilhelm Pinder quien pretendió llevar a cabo un estudio crítico, según el método de las generaciones, en un curioso (y, en mi opinión, fracasado) intento ensayístico (31). Según Pinder

(27) Alguien podrá objetar que, en determinadas ocasiones —desde luego, muy contadas—, miembros de una generación han comunicado, e incluso aceptado, formas o ideas de la generación inmediatamente posterior. Sin profundizar en ello —por ser objeto de un estudio próximo—, adelantamos que tales elementos pueden considerarse más como «puentes» o «enlaces» que como auténticos integrantes de una generación dada. Serían los «vehículos vivos» de esa herencia que cita Petersen como el primero de los factores generacionales a que antes hemos aludido.

(28) JESCHKE, HANS.—En su obra *La generación de 1898*, Madrid, 1954, aplica el concepto de generación de Petersen a los autores españoles de la llamada Generación del 98. Conviene tener en cuenta que en este estudio (publicado por vez primera en Halle, en el año 1934, con el título *Die Generation von 1898 in Spanien*) se encuentra el punto de arranque de los numerosísimos trabajos aparecidos posteriormente sobre la materia.

(29) SALINAS, PEDRO: «El concepto de generación literaria aplicado a la del 98» (Conferencia pronunciada en el P. E. N. Club de Madrid, el 6 de Diciembre de 1935. Inculda posteriormente en su ya citada *Literatura Española, Siglo XX*, págs. 26-33).

(30) DIAZ PLAJA, GUILLERMO: *Modernismo frente a Noventa y ocho*; Madrid, 1951.

(31) PINDER, W.: *El problema de las generaciones en la historia del Arte*. Trad. esp., Madrid, sin fecha. El estudio original —*Das Problem der Generation in der Kunstgeschichte Europas*— fue publicado en Leipzig en 1926).

la fecha de nacimiento es la nota esencial y casi exclusiva para constituir generación, siendo todos los demás factores puramente secundarios (32) y por eso afirma que «el nacimiento priva sobre la contemporaneidad de la existencia», para decir más adelante que existe «un determinismo de los fenómenos de la historia del Arte; el acontecer no es reversible» (33). Pocos seguidores tuvo Pinder, y ello es explicable dado que no es preciso realizar grandes esfuerzos para rebatir su teoría (34).

Dejando a un lado otras teorías sobre las generaciones —tales como las de Michaud (35) y Hankins (36)— por imperar en ellas lo ingenioso sobre lo puramente científico, vamos a dar nuestra visión personal acerca de lo que puede ser una generación literaria o artística. Y así podemos establecer las siguientes

(32) Como vemos, está en contradicción con Petersen, pues para éste lo cronológico era de relativa importancia, prestando mayor atención a los otros siete factores señalados.

(33) PINDER, W.: Op. cit., pág. 15 y ss.

(34) Se nos ocurre pensar que, si admitimos sus opiniones, resultaría:

- A) La generación no es más que algo totalmente casual.
- B) Al prestar atención tan sólo al hecho biológico del nacimiento, no existe una «voluntad generacional».
- C) Lo individual queda prácticamente anulado por lo temporal.
- D) El arte estaría regido por un concepto astrológico; sería un «arte predestinado».
- E) Cabría suponer, según lo anteriormente expuesto, que hay años en que «deben nacer genios» y «años propicios al nacimiento de verdaderas nulidades».

(35) En su *Introduction a une science de la littérature*, París, 1950, llega a distinguir entre «generaciones diurnas» y «generaciones nocturnas». Basa su teoría en que unas generaciones se oponen a otras «como el día sucede y se opone a la noche». Su razonamiento es biológico y cronológico: cada generación dura treinta y tres años (que corresponden a media vida humana); dos generaciones consecutivas equivalen a la vida de un hombre, pudiéndose parangonar ésta con un día solar; luego cada generación es «día» o «noche», alternativamente. De ello deduce que las generaciones son consecutivas en el tiempo, pero opuestas en sus caracteres.

(36) HANKISS, JOAN, en *La littérature et la vie*, París, sin fecha, habla de alternancias entre «períodos masculinos» y «períodos femeninos», basándose en la ley de las polaridades y de los ritmos alternos.

CONCLUSIONES

Admitimos la existencia de generaciones, como prueba la historia, pero consideramos necesario hacer una distinción en el concepto de generación.

La generación puede ser «biológica» o «ideológica». La primera encuadra a todos aquellos que han nacido en unos años muy próximos; estará integrada por una «humanidad» que ha vivido idénticos momentos históricos. Más concreto sea, acaso, decir que ese concepto de «generación biológica» equivale a «masa humana» en la que de forma verdaderamente casual —el simple hecho del nacimiento— han convivido unos hombres. En tal caso, la existencia de esa masa no forma generación, sino que está un tanto marcada, como elemento pasivo, por el acontecer —histórico, social o cultural— del momento. La «generación ideológica» —que es la única que puede interesarnos— es como una rama desgajada de la masa a que pertenece y, por tanto, podrá darse o no dentro de una etapa histórica determinada.

Pero, ¿por qué surge; por el mero hecho de que ocurra un «algo» de tipo histórico, sociológico o político...? Evidentemente, no (dado que el hecho, ese «algo», es común para todos); nace la generación, creemos, en el momento en que una serie de individuos *cobran conciencia* de tal hecho y reaccionan ante él, bien en forma negativa, manifestando su protesta (caso de los noventayochistas ante la política del país) o bien en forma positiva, manifestando su adhesión (Generación del 27 ante el centenario de Góngora). Incluso podemos afirmar que el hecho originario no ha de ser forzosamente conocido por la mayoría, sino que basta con que una minoría lo detecte como algo nuevo en la cultura, siempre que ello implique un corte transversal, una ruptura violenta, dentro del devenir histórico. Acaso pueda pensarse que, dando por válida la afirmación anterior, siempre ha habido generaciones en la historia y que lo único nuevo es el término, con el que se pretende sustituir al de «época». No; el concepto de generación sólo podemos aplicarlo —al menos, en literatura— desde el romanticismo, pues es a partir de entonces cuando la literatura comienza a «socializarse» y a cobrar espíritu de grupo.

Ahora bien, una generación no es un conglomerado de homogeneidades, sino una serie de *individualidades* que, en un momento dado —y es entonces cuando una generación aparece como tal—, afirman o niegan algo de forma unánime. Pero es curioso hacer notar que la identidad se manifiesta, generalmente, en sus «fobias», en su deseo de destruir o, por lo menos, de refutar lo existente. De aquí que la generación aparezca casi siempre con un sentido «agónico» de lucha y de protesta. Por lo tanto, lo generacional presupone una doble vía: de un lado, la ruptura; de otro, el inicio de unos nuevos caminos: se destruyen viejos moldes para crear otros.

Si admitimos que las individualidades se aúnan para destruir y construir, y si partimos de la base de que ello implica la existencia de una conciencia común, ¿cuál podrá ser el factor aglutinante? Creemos —y seguimos en ello el concepto que aplica Mentré a las generaciones sociales— que es el elemento psicológico. («Lo que diferencia a una generación de la precedente y de la que la seguirá es su sicología; es decir, el conjunto de sus creencias y de sus deseos»). En efecto: si lo psicológico no enlaza a unos hombres con otros, si unos individuos no sienten y comprenden de la misma forma, aunque con distinta intensidad, unos hechos que les son comunes, habrá una agrupación cronológica o biológica, pero no existirá una generación. Esa sicología común necesitará una expresión común, un lenguaje que, como vehículo de unión externa, identifique a sus componentes. Y es en esto en lo que podemos encontrar mayores dificultades para probar la existencia de generaciones. ¿Existe un lenguaje generacional? Ya apuntábamos en páginas anteriores, al consignar el séptimo factor señalado por Petersen y ratificado por Salinas, que «lenguaje debía aceptarse en su más amplio sentido». Añadimos ahora que *lenguaje generacional* no lo entendemos como idénticas formas de expresión entre sus componentes, ni siquiera (37) como «aparición de una nueva terminología». Si comparamos el lenguaje de Valle-Inclán y Baroja, veremos que no hay identidad estilística ni terminológica; es más: existe una auténtica disparidad entre ambos, incluso en el uso más que popular, arrabalero, que de la lengua hacen los mencionados autores en algunas de sus obras

(37) Ver la nota número 26 de este mismo trabajo.

(38). ¿Qué ocurre, pue? A mi juicio, existe un hecho evidente: los individuos que componen una generación no siempre se identifican en el uso de un mismo lenguaje, sino que, dentro de la individualidad estilística de cada uno, todos coinciden en repudiar el lenguaje de los predecesores inmediatos: Baroja construye su lenguaje en forma radicalmente distinta a Galdós; Valle da el golpe de gracia a la forma expresiva de Echegaray; Azorín descubre con su concisión un mundo lingüístico radicalmente opuesto a los largos períodos de Clarín; Antonio Machado destierra las ampulósidades de Campoamor y Núñez de Arce, etc. Por tanto, ese «lenguaje nuevo» que toda generación trae consigo no es forzosamente una lengua común que brota con sus componentes (39), sino el *intento común* (cada uno en su ámbito: lírico, dramático o novelesco) de desterrar lo que se admitía como patrón único de lenguaje en los respectivos géneros literarios. Es, pues, una reacción colectiva —otra más— bajo manifestaciones individuales, contra lo anterior. Por eso creemos también que las generaciones no *conviven*, sino que, a lo sumo, una de ellas, la más vieja, *sobrevive* cuando otra comienza a cobrar carta de naturaleza en ese mundo tan ancho, y tan limitado al mismo tiempo, que son el arte y la literatura como reflejos de la vida del hombre.

(38) Si cotejamos *Canciones del suburbio*, de Baroja, con cualquiera de los diálogos esperpénticos de Valle-Inclán, vemos una nota común: uno y otro autor reflejan el lenguaje degradado y chulesco del bajo Madrid y se identifican en deformar el léxico. Pero, igualmente, notamos que Valle sigue preocupado por lo estético —si no en el vocablo, al menos en la construcción de la frase—, mientras que Baroja se esfuerza en dar lo chabacano y grosero como lengua literaria.

(39) Lo sería en determinados casos, como, por ejemplo, en la Generación del 27.

